

Enrique Gonino 

ROMA, SIEMPRE ROMA

Pareciera que cuando se habla de Roma todo está dicho. Sin embargo creo que los temas que voy a tratar son casi desconocidos para la inmensa mayoría de los turistas que visitan la ciudad de los papas. Me referiré, muy someramente por cierto, a dos especies de curiosidades romanas: las *Estatuas parlantes* y *La puerta mágica*.

Hay en Roma una serie de estatuas que son llamadas "parlantes", calificación que se debe a que en ellas el pueblo fijaba, subrepticamente, críticas mordaces al gobierno de la ciudad o a las autoridades clericales. Son seis y se encuentran colocadas en distintos lugares de la ciudad. Se las conoce con los nombres populares de Madama Lucrecia, el Abatte Luigi, el Facchino, el Babuino, Marforio y, la más famosa de ellas, *Pasquino*.

Esta última es una estatua sedente, bastante deteriorada (le faltan los dos brazos, la mitad de ambas piernas, la nariz), representando a un personaje masculino, al parecer un guerrero, por el doble correaje terciado cruzándole el pecho, que tal vez podría ser Ajax, uno de los héroes de la *Ilíada*. Se trataría de una escultura de la primera época helénica, que según Gian Lorenzo Bernini (1598-1680) —el célebre arquitecto y

escultor que tantas obras maestras del arte barroco ha dejado en Roma— era una de las más hermosas estatuas de la ciudad. Se encuentra en la plaza Pasquino, sobre la Via del Governo Vecchio —en cuyo subsuelo fue hallada—, en un ángulo del Palacio Braschi, muy cerca de la encantadora Piazza Navona. Habría sido colocada allí en 1501 por orden del cardenal Oliviero Carafa, siendo prontamente bautizada con el apodo de *Pasquino*, en burlón homenaje a un sastre jorobado (otros dicen a un zapatero remendón), de tal nombre, muerto precisamente por esa época, que tenía su taller por allí cerca y era muy conocido por sus cáusticas bromas y su agudo sentido crítico. Desde el siglo XIV la estatua se hizo célebre por la costumbre de las gentes de colocar en ella epigramas mordaces acerca de hechos y personajes de actualidad, en primer término los papas. Enfrente del *Pasquino* desde el comienzo del siglo XVI hubo otra estatua, descubierta en el foro de Marte, de donde su nombre: *Marforio* ("a foro Martis"), en cuya boca se ponía una pregunta escrita cuando se deseaba obtener de *Pasquino* alguna respuesta satírica. Se entablaba así un "diálogo" —escritos en prosa o verso, al principio en latín y mucho

más tarde (siglo XVIII) en lengua vulgar— entre ambas estatuas “parlantes”, *Pasquino* y *Marforio*, que vinieron a convertirse en personajes cómicos de la vida popular romana. (La estatua de *Marforio*, muy bien conservada, una figura recostada que simboliza al Océano o también a los ríos Nilo o Rin, se guarda hoy en el museo del Capitolio, en Roma). La moda de los “pasquines” o “pasquinadas” se extendió luego a toda Europa, principalmente Inglaterra y Francia.

Durante el pontificado de León X (cuyo verdadero nombre era Giovanni de Médici, papa desde 1513 a 1522) era rara la noche que no apareciera en el *Pasquino* una composición difamatoria. Clemente VIII (Hipólito Aldrobandini: 1592-1605) quiso hacer pedazos el informe torso y arrojarlo al Tíber, pero intervino el poeta de “Jerusalén liberada”, Torcuato Tasso (1544-1595), disuadiéndolo, porque “de sus restos nacerían infinidad de ranas que croarían día y noche”. El hecho es que la maltratada estatua se halla aún en el mismo lugar y las “pasquinadas” siguieron haciendo por siglos las delicias de los romanos, no obstante que bajo el papado de Benedicto XIII (Pedro Francisco Orsini: 1724-1730), se amenazaba con “pena de muerte, confiscación de bienes y la infamia del nombre, sin distinción de personas, a quien estampara, escribiera o difundiera libelos que tuvieran carácter de pasquinada”. Precisamente, de *Pasquino* deriva —según lo registra el Diccionario de la Real Academia—, el término *pasquín*: “escrito anónimo que se fija en un sitio público con expresiones satíricas contra el gobierno o contra una persona particular o corporación establecida”.

Han sido recogidos en libros centenares de epigramas, de dísticos, cuartetas, etc., rescatados de ese archivo tradicional que los pueblos transmiten en forma oral de generación en generación, de los cuales, a modo de ejemplo, transcribimos los que siguen. Dedicado al papa Pablo V

(Camilo Borghese: 1605-1621), cuando se predice su elección, un dístico en latín decía:

*“Después de los Caraffa, los Médici y los Farnesse,
Ahora se debe enriquecer la casa Borghese”.*

Un epigrama en latín se refería al papa Urbano VIII (Maffeo Barberini: 1623-1644), quien mandó a fundir los bronce antiguos para construir cañones. Decía así:

“Quod non fecerunt Barbari, fecit Barberini”

(“Lo que no hicieron los bárbaros, lo ha hecho Barberini”).

La siguiente leyenda estaba destinada a Alejandro VIII (Pietro Ottoboni: papa desde 1689 a 1691):

“¡Allegrezza! Por un papa cativo abbiamo Otto-boni”

(Se trata de un juego de palabras, donde el apellido del dignatario significa “ocho-buenos”, de modo que su traducción al castellano sería: “¡Alegría! por una papa malo tenemos ocho-buenos”).

De una larga serie —pues también Julio II, León XI, Clemente VII, Sixto V, etc., están en la lista de los papas que no se libraron de las sátiras de Pasquino—, he aquí dos dísticos relacionados con el papa Pío VIII (Francisco Saverio Castiglioni: 1829-1830), que parece haberse destacado, durante el corto período que le tocó regir los destinos de la cristiandad, por su absoluta inoperancia. Así, a su muerte aparecieron éstos:

*“Leone e Pio peccaron parimente:
Quello per troppo far, questo per niente”*

O sea: “León y Pío pecaron por igual/ Aquel por hacer mucho, éste por no hacer nada”.

*“Santo Padre, dormiste estate e inverno
E adesso dormirete in sempiterno”.*

Es decir: “Santo Padre, dormiste en verano y en invierno/ Y ahora dormirás eternamente”.

ROMA, SIEMPRE ROMA

La última "pasquinada" data al parecer del 17 ó 18 de septiembre de 1870, por la época en que las tropas italianas invadieron los Estados Pontificios, con lo que se consumaba la unidad italiana (20 de septiembre), resolviéndose el problema de la capitalidad, que el rey Víctor Manuel deseaba —como ocurrió— establecer en Roma, ciudad cabeza del orbe cristiano. Sin embargo hay quienes afirman que la fecha sería mucho más reciente y se refiere a la visita de Hitler a Roma —durante el gobierno de Mussolini—, cuando la ciudad fue cubierta de arcos de cartón, construidos en su homenaje. Las versiones son dos. La primera dice así:

*"¡Povera Roma mia de travertino!
T'anno vestita tutta de cartone
pe' fatte rimirá da n'inbianchino.*

("¡Pobre Roma mía de travertino! Te han vestido toda de cartón/ Para hacerte mirar de un pintor". *Inbianchino* significa pintor de brocha gorda, blanqueador, clara alusión al primitivo y modesto oficio de Adolfo Hitler).

Y en la segunda, una cuarteta:

*"Roma de travertino
vestita de cartone,
saluta l'inbianchino
suo prossimo padrone"*

("Roma de travertino/ vestida de cartón/ saluda al blanqueador/ su próximo patrón").

* *

No lejos de Porta Maggiore, a mitad de camino entre ésta y la basílica S. Maria Maggiore, se encuentra la plaza Vittorio Emmanuele II, donde emergen unas ruinas bastante elevadas y, a uno de los costados, adosada al muro, una puerta obturada, de mármol blanco —flanqueada por dos grotescas figuras y con un círculo, igualmente de mármol, sobre el dintel—, que tiene grabada una serie de símbolos y que se conoce con el

nombre de *La puerta mágica*. Su historia no es fácil de contar en pocas palabras, porque no es anécdota sino misterio. Oigamos: en el lugar que actualmente ocupa la mencionada plaza vivía, allá por el siglo XVIII, el marqués Massimiliano de Palombara, en cuyo palacio se reunían los miembros de una sociedad secreta que estudiaba alquimia y practicaba ritos herméticos. En reconocimiento de su sabiduría pasaban por el vano de una puerta —la hoy llamada *Puerta mágica*—, que tal vez diera acceso al recinto del atanor (hornillo de los alquimistas), que en su umbral tenía esculpidas, en latín, estas palabras: *SI SEDES NON IS*, que pueden ser leídas de izquierda a derecha, como corresponde, y de derecha a izquierda con diferente significado, ya que en la primera forma quiere decir: "*Si te sientas no vas*"; y en sentido contrario "*Si no te sientas vas*", como dando a entender que la acción es lo único que lleva al éxito. Además, como se dejó dicho, la puerta posee labrados un conjunto de símbolos y signos que pueden ser fácilmente traducidos pero no interpretados, pues en el fondo su significado es incomprensible; es que allí está escrita nada menos que la fórmula para convertir en oro todos los metales...

La actividad que el grupo de iniciados desplegaba alrededor del asunto era realmente fantástica, pero estaba escrito que el triunfo no coronaría sus esfuerzos. Hasta que en una oportunidad llegó a casa del marqués un alquimista, de muy extraño aspecto, que dijo ser capaz de develar el secreto y convertir en realidad el sueño de todos, pero con una exigencia: la de que debería trabajar solo, sin testigos. El marqués, haciendo fe de sus palabras, aceptó las condiciones impuestas y le permitió que desarrollara su labor en el hornillo de atanor que poseía, cosa que el desconocido comenzó inmediatamente. Su singular figura se había hecho familiar en aquel medio, por lo que un buen día, al desaparecer sorpresivamente

del lugar se produjo una verdadera conmoción, que pronto se trocó en asombro cuando el marqués y sus acompañantes pudieron comprobar que, como irrefutable prueba de su sabiduría, aquel hombre raro había dejado en el lugar de trabajo un puñado de oro en polvo. La desesperación se apoderó de todos por la desaparición del mago e hizo que los miembros de la sociedad redoblaran sus esfuerzos para tratar de ubicarlo. Todo fue en vano. Aquél nunca más fue visto.

Ante este imprevisto, el marqués, vencido e incapaz de descifrar la fórmula, después de haber agotado todos los medios a su alcance, renegó de los iniciados y se confió, por así decirlo, al pueblo, haciendo colocar la puerta en el jardín de su residencia —hoy la plaza Vittorio Emanuele II—, al alcance de todo el mundo, pensando que quizá un día pasase frente a ella alguien con suficiente sabiduría como para interpretar aquellos signos y poder, en consecuencia, realizar el esperado milagro. Este es, pues, según la tradición, el porqué la puerta se encuentra hoy en ese lugar público, a la vista de yentes y vinientes.

No puedo, empero, terminar este relato sin formular un interrogante. Es que junto al nombre del marqués de Palombara se asocian los de Cristina de

Suecia (1626-1689) —aquella reina que vivió a su libre albedrío, por encima de la hipocresía y la simulación, y después de abdicar residió en Roma, donde murió—; del embaucador Francesco Borri (1627-1695), médico y alquimista que se decía poseedor de la “piedra filosofal” —capaz de transmutar cualquier metal en oro— y que, gracias a esa superchería, se ganó la confianza de Cristina de Suecia, obteniendo de ella cuantiosas sumas de dinero; y, en fin, de Atanasio Kircher (1601-1680), jesuita y polígrafo alemán —que se ocupó asimismo de arqueología, dedicándose a la interpretación de jeroglíficos de los monumentos de la antigüedad—, todos los cuales se reunían en el palacio de aquél, junto con el grupo de iniciados, atraídos por el enigma inexpugnable. Pero además de tales personajes de carne y hueso, allí está presente, como mudo testimonio, la puerta trisecular —la *Puerta mágica*—, con sus fórmulas y signos “a la vista de todo el mundo”. Cabe entonces la pregunta: ¿dónde termina la realidad y comienza la leyenda? La secreta respuesta pertenece a las piedras tejidas de musgo y a los mármoles patinados por los siglos, de la Roma de ayer y de hoy. De la Roma de siempre.